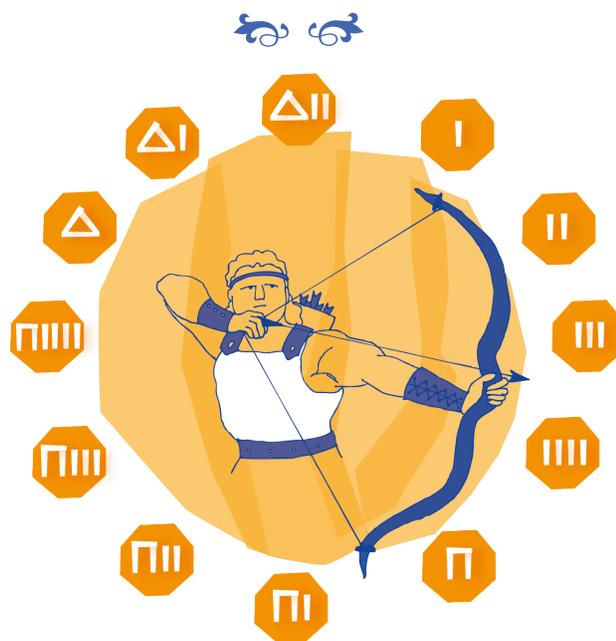


La Historia de Hércules

(Mito griego) Versión de Mario Meunier



Un día Zeus, el padre omnipotente de los dioses, compadecido ante los males que atormentaban a los infortunados mortales, dijo luego de reflexionar:

—Voy a engendrar, para ventura de los hombres y de los dioses, a un héroe magnífico, inigualado. Él será el protector de todos frente a los peligros que continuamente los amenazan. Su fuerza excepcional y sus heroicas virtudes serán la salvaguardia del mundo.

Dicho esto, descendió Zeus una noche a la ciudad de Tebas. Allí, en magnífico palacio, habitaba la reina Alcmena, que descollaba entre todas las mujeres fértiles por la belleza de sus ojos y la nobleza de su elevada estatura. Su esposo, el rey Anfitrión, se encontraba ausente debido a la guerra. Entonces Zeus, para lograr acercarse a Alcmena sin despertar sospechas, tomó los rasgos del propio Anfitrión y como tal se presentó ante el portero de palacio. Los criados, convencidos de que veían nuevamente a su amo, acudieron a recibirlo a toda



prisa, lo rodearon y sin demora le allanaron el camino hacia las habitaciones de su real esposa. Y en el abrazo de esa misma noche la reina Alcmena concibió del soberano del Olimpo, y sin haberlo reconocido, a quien sería el poderoso Hércules.

Pero desde el instante mismo de su nacimiento, el futuro héroe atrajo sobre sí el odio de Hera, la esposa de Zeus. En efecto, apenas el niño hubo salido de las entrañas de su madre, la reina de los dioses, aprovechando las tinieblas de una noche especialmente oscura, envió al palacio de Alcmena a dos feroces serpientes. Todo el mundo se hallaba, al igual que el niño, sumido en un profundo sueño. Penetraron los reptiles en silencio por la puerta abierta de la habitación y deslizaron sus formas horribles y sinuosas, a la luz del fuego de sus propios ojos, hasta llegar al escudo que servía de cuna al divino infante. Los dos monstruos, silbando, se disponían a clavar sus colmillos envenenados en el rostro del niño para luego ahogarlo con sus anillos. Pero este, despertándose de pronto, atrapó con sus manos a las dos espantosas serpientes, y con tal fuerza apretó las gargantas hinchadas de veneno, que las estranguló a ambas a la vez.

Esa fue la primera hazaña de este héroe extraordinario. Considerado hijo de Anfitrión, crecía día a día el vástago de Zeus y de Alcmena, gracias a los cuidados amorosos de su madre, como un hermoso árbol que se yergue saludable en medio del huerto florido.

También Zeus, como un padre cuidadoso, velaba por él desde la cumbre del sagrado monte Olimpo. Un día el padre de los dioses se propuso otorgarle a este hijo el don de la inmortalidad y el vigor sin límite propio de los dioses. Para ello tuvo la idea de obligar a una gran diosa a amamantarlo y con tal fin envió a Hermes, mensajero del Olimpo, a buscar a la criatura. Cuando volvió con ella el dios alado, Zeus tomó al niño y lo acercó sigilosamente a los pechos de la propia Hera, que en aquel momento dormía. El recién nacido prendió su boca a los blancos pechos de la diosa y mamó abundantemente. Una vez saciado, se volvió y sonrió a su padre. Pero había sorbido y chupado con tal fuerza, que la leche de Hera continuó fluyendo: las blancas gotas que salpicaron la superficie del cielo dieron lugar a la Vía Láctea, y las que descendieron hasta la tierra dieron origen a los grandes lirios.

Cuando sus años lo aconsejaron, su madre Alcmena se preocupó de proporcionarle una educación esmerada y completa. Lino, hijo del hermoso Apolo, le enseñó la ciencia de las letras; Eumolpo lo adiestró en el arte de modular la voz y de cantar paseando los dedos por las cuerdas sonoras de la armoniosa lira; Eurito, en fin, le enseñó el arte de tender hábilmente el arco y de dar en el blanco con una flecha certera. Pero fue durante tan magnífica educación que el poderoso Hércules, cuyo ánimo era intrépido y generoso, pero irascible en ocasiones, se hizo por primera vez culpable de una muerte involuntaria. Un día Lino, su maestro de letras, decidió poner a prueba la sabiduría de su joven discípulo y lo conminó a escoger, entre un conjunto de volúmenes, aquel libro que prefiriese. Hércules era un notable glotón desde su nacimiento, un gran comedor —tan voraz llegaría a ser su apetito que, ya mayor, habría de engullir sin arrugarse bueyes enteros—, y por tanto eligió sin demora un tratado cuyo título era *El perfecto cocinero*. Irritado por semejante elección, Lino criticó ácidamente la desmedida voracidad que atormentaba a su discípulo y llegó incluso a amenazarlo, alzando su mano por lo que consideraba una conducta grosera e indigna del futuro héroe.

Hércules, sintiéndose agredido y creyendo actuar en legítima defensa, y presa a la vez de una cólera tan súbita y violenta como incontrolable, tomó una cítara —el primer objeto que vio a mano— y rompió el instrumento en la cabeza de su maestro, causándole una muerte instantánea. Para castigarlo por semejante crimen, Anfitrión envió a Hércules a vivir entre los pastores que guardaban sus numerosos rebaños en lo alto de las montañas. Allí, los continuos ejercicios de la caza desarrollaron su cuerpo adolescente y les confirieron a sus flexibles miembros una fuerza aún más prodigiosa. Es así como, con tan sólo dieciocho años de edad, Hércules mató con sus propias manos a un león que asolaba la comarca.

Al volver de su gloriosa cacería, Hércules se encontró con los heraldos que, procedentes de Orcómenes, venían a reclamar de los tebanos un tributo de cien bueyes, instituido como reparación por un antiguo delito. Sin vacilar, los atacó el hijo de Alcmena. Les cortó la nariz y las orejas, les ató las manos a la espalda y los envió de vuelta a su país, no sin antes decirles que ese era el pago del tributo. Ergino, rey de Orcómenes, al enterarse de lo sucedido, armó un ejército y marchó contra Tebas. Pero Hércules, vistiendo la armadura que le regalara la diosa Atenea, se puso a la cabeza del ardoroso grupo de guerreros tebanos y, desviando el curso de un río, ahogó en una llanura a la caballería enemiga, y luego persiguió a Ergino hasta matarlo a flechazos.

LOS DOCE TRABAJOS

Para recompensar al autor de tan importante victoria, el rey de Tebas concedió al héroe la mano de su propia hija, Megara. De esta unión nacieron muchos hijos, pero todos habrían de morir antes de tiempo, a manos de su propio padre. En efecto, en un acceso de locura, el desdichado Hércules mató a sus propios hijos, juntamente con la madre, aseteándolos sin piedad con sus ya célebres flechas. Tras haberse manchado con la sangre de sus hijos, Hércules se arrepintió amargamente del crimen y marchó a Delfos para consultar al oráculo de Apolo de qué manera le sería posible purificarse de tan horrendo delito. El oráculo le ordenó que se dirigiera a la ciudad de Tirinto y allí se sometiera durante doce años al servicio del rey Euristeo. Hércules obedeció.

Pero cuando Euristeo, un príncipe débil y pusilánime, vio frente a sí a ese héroe magnífico, tembló ante la sola idea de que un día el valeroso semidiós le arrebatara el trono. Para deshacerse de tan importuno advenedizo, y con la secreta esperanza de que Hércules no tardaría en sucumbir, Euristeo impuso al intrépido hijo de Alcmena, una tras otra, las tareas más difíciles que se pudiera concebir. Pero Hércules salió vencedor de todas las pruebas, y las altas gestas que llevó a cabo en aquel período —y que narramos a continuación— son lo que se ha llamado los “Doce trabajos de Hércules”:

Antes que nada, Euristeo solicitó al héroe que le trajese la piel del león de Nemea. Esta terrible fiera causaba espanto entre los habitantes de los bosques y valles de la Argólida. Tan estruendosos eran sus rugidos que, cuando llegaban a oídos de los labriegos y pastores, éstos se encerraban en sus casas y se agazapaban, pálidos de terror, en los rincones más ocultos. Pero Hércules, asíó con una mano el arco y el carcaj repleto de flechas, y con la otra blandió la nudosa maza y, sin vacilación, fue al encuentro de aquel temible devorador de rebaños.

Apenas lo vio, disparó contra él, una tras otra, todas sus flechas mortales. Pero el enorme animal parecía invulnerable, pues su piel era tan dura que el agudo hierro no le hacía apenas un rasguño, y las flechas caían blandamente sobre la hierba, o bien rebotaban en el duro suelo. Furioso ante el fracaso de su primer ataque, Hércules agitó su pesada maza y, dando un alarido, se fue en persecución de la fiera. El león, atemorizado, se refugió en una caverna que tenía dos entradas. El hijo de Alcmena tapó una y penetró por la otra.



El monstruo entonces, con la melena erizada y rugientes las fauces, se aprestó al asalto. Hércules, envuelto en su rojo manto, se defendió disparando con una mano su flecha más filosa y, levantando con la otra la terrible maza, la descargó contra el broncíneo cráneo de la indomable fiera.

Fue tan violento el golpe que la maza se partió en dos pedazos. El león, aturdido, se tambaleaba. Tirando entonces las armas a un lado, Hércules se enzarzó en una peligrosa lucha cuerpo a cuerpo con la fiera. Con sus musculosos brazos enlazó el cuello del león, apretándolo con tal fuerza contra su amplio pecho que logró arrancarle la vida. Cuando lo hubo ahogado, Hércules desolló al animal y se cubrió con su piel leonada, como una coraza impenetrable al bronce y al hierro.

El segundo trabajo impuesto a Hércules por el asombrado Euristeo consistió en matar a la hidra de Lerna. Este enorme dragón, cuyo cuerpo de reptil ostentaba nueve incansables cabezas, moraba en la fangosa y emponzoñada laguna de Lerna. Cada vez que salía de su madriguera, la hidra devastaba la campiña y devoraba las reses. Su repugnante aliento estaba envenenado y cualquiera que tuviese la desgracia de respirarlo no tardaba en morir.

En la lucha contra este azote de la campiña de Argos, Hércules contó con la ayuda de su fiel compañero Yolao. Este fue el auriga que en esta expedición condujo con mano segura el carro del héroe. Llegados ambos a las márgenes de la laguna de Lerna, Hércules disparó entre los cañaverales una nube de flechas, con el propósito de obligar a la hidra a salir de su guarida. Luego, cuando por fin el monstruo se dejó ver, erguidas todas sus sibilantes cabezas, el héroe se aproximó y a mazazos intentó aplastarlas; pero de la sangre de cada cabeza magullada renacían otras dos, y de ese modo la lucha se hacía interminable. Entonces, Hércules apeló a Yolao. Este celoso servidor prendió enseguida fuego a un bosque conti-guo y, armándose de teas, fue quemando cada una de las cabezas que renacían, impidiendo así que se desarrollaran. Cuando ya la hidra no tuvo más que una sola cabeza, Hércules la cortó de un solo mandoble de su espada y la sepultó bajo un peñasco. El monstruo no era ya sino un inmenso cadáver. Antes de marcharse, el hijo de Alcmena empapó sus flechas en la ponzoñosa sangre de la terrible bestia, y así dispuso de ahí en adelante de flechas envenenadas.



Euristeo ordenó enseguida a Hércules que le trajese viva a la cierva del monte Gerineo. Esta prodigiosa cierva, consagrada a la diosa Artemisa, tenía cuernos de oro y pies de bronce. Nadie había podido jamás alcanzarla, por ser infatigable y velocísima en la carrera. Hércules tuvo que perseguirla durante un año entero. Arrastrando al cazador tras ella, la cierva llegó de una sola vez hasta la comarca de los Hiperbóreos. Allí el animal, fatigado, volvió sobre sus pasos y anduvo en sentido inverso el camino antes recorrido. En un momento de su carrera, titubeó la cierva ante un río crecido por las lluvias, sin decidirse a vadearlo. Hércules ganó terreno entonces y se abalanzó sobre ella. Cogiéndola por los cuernos, se la cargó viva a la espalda y volvió a Tirinto para entregarla a Euristeo.

Apenas hubo regresado Hércules al palacio de su señor, recibió la orden de ir esta vez al encuentro del jabalí de Erimanto. Debía capturar y traer viva también a esta terrible alimaña, que sólo abandonaba su cubil para sembrar la ruina y la desolación en los hermosos campos de la idílica comarca de Arcadia. El héroe se puso en camino, armado, como de costumbre, con su maza y sus flechas. Tras dar una batida por toda la maleza y habiendo escrutado innumerables sotos donde podía merodear el jabalí, Hércules llegó a descubrir al salvaje animal. Le dio entonces despiadada cacería, persiguiéndolo sin descanso por altas montañas cubiertas de nieve, hasta cansarlo y obligarlo, por fin exhausto, a guarecerse, jadeante, en un estrecho desfiladero sin salida. Hércules dio muerte al jabalí y volvió, trayéndolo sobre su robusta espalda.

En las márgenes de un lago llamado Estinfalo, en medio de una marisma cubierta de zarzales y maleza, vivían unos pájaros monstruosos que, temidos por los mismos lobos, se alimentaban de carne humana. Estos hijos de Ares, el dios feroz de la guerra, tenían el pico, las garras y las alas de durísimo bronce. Sus plumas eran como dardos de acero y les servían para matar a los caminantes desprevenidos, para luego devorar sus restos. Hércules tomó sobre sí la misión de ahuyentar de aquellos marjales a esa bandada voraz que, además de aniquilar a hombres y rebaños, devastaba los jardines y ensuciaba las cosechas. Para obligarlos a abandonar su inexpugnable refugio, el héroe magnífico utilizó el sonido ensordecedor de sus címbalos. Apostado en una montaña contigua, armó con estos instrumentos tal estrépito que los pájaros salieron volando y pudo así el hábil y valeroso arquero abatirlos y exterminarlos.

El sexto trabajo que Euristeo asignó al valeroso hijo de Alcmena fue la lucha contra el toro de Creta. Hércules no debía matarlo, sino acosarlo, atraparlo y llevarlo vivo a Micenas. Minos, rey de Creta, había prometido un día consagrar al dios de los mares, Poseidón, lo que este mismo dios hiciera surgir de las olas. Poseidón hizo emerger un toro tan bello que Minos, negándose a sacrificarlo, creyó cumplir su voto eligiendo en sustitución otra víctima de menos valor. Irritado Poseidón por semejante deslealtad, enfureció al animal, con lo que éste llegó a convertirse en el verdadero terror del país.

Hércules, cumpliendo las órdenes de su amo, desembarcó en Creta. En cuanto vio al toro, se arrojó sobre él, lo tomó por los cuernos y lo obligó a doblar los corvejones y luego, sujetándolo con una fuerte red, se lo echó a la espalda y lo llevó a través del mar hasta depositarlo a los pies de Euristeo.

A continuación, Euristeo le impuso a Hércules la repugnante tarea de limpiar en un solo día los establos de Augías, rey de la Élide. Este príncipe poseía innumerables rebaños. Treinta años hacía que no se limpiaban sus establos, en los que se aglomeraban más de tres mil bueyes, y así se extendía por los alrededores el nauseabundo olor del estiércol allí amontonado. Para llevar a cabo esta tarea, Hércules abrió un boquete en el muro del establo, desvió luego el curso del río Alfeo e hizo pasar el torrente de sus ondas alborotadas y cristalinas a través de las cuadras, arrastrando la suciedad.

Diomedes, hijo del cruel Ares, reinaba sobre un pueblo de salvajes. Poseía un rebaño de yeguas que vomitaban fuego y llamas por las fauces, y a las cuales daba como pasto a los desdichados extranjeros que la tempestad arrojaba como náufragos a sus playas. Hércules, encargado por Euristeo de llevar esas yeguas a Micenas, se embarcó con algunos amigos, arribó a Tracia y se encaminó a las cuadras de Diomedes. Allí, luego de derribar a los criados que cuidaban de la caballeriza, el hijo de Alcmena cogió a Diomedes y lo echó en los pesebres de bronce para que sirviera de alimento a sus propias yeguas carnívoras, suplicio igual al que hiciera sufrir a tantos numerosos náufragos. En cuanto devoraron las carnes de su amo, Hércules desató a los caballos y los condujo al palacio de Euristeo.

Admeta, la hija de Euristeo, codiciaba el magnífico y soberbio cinturón que poseía Hipólita, la reina de las amazonas. Estas eran mujeres guerreras que combatían a caballo, disparando el arco o blandiendo un hacha, y que vivían, según se dice, en las lejanas costas del mar Negro, constituyendo un pueblo sin hombres. El príncipe, para complacer a su hija, encargó a Hércules que fuese a buscarlo. Cuando el héroe, con numerosa compañía, llegó al país de las amazonas, Hipólita, su hermosa reina, lo recibió al principio muy bondadosamente y prometió entregarle su cinturón. Pero la eterna enemiga de Hércules, Hera, la diosa del trono de oro, se disfrazó de amazona y suscitó la indignación de aquellas vírgenes guerreras, diciéndoles que Hércules venía con la misión de secuestrar a su amada reina. Una lucha terrible se desató en contra del visitante y un gran número de amazonas halló la muerte en la refriega. La propia reina murió a manos de Hércules y el héroe pudo así quitarle sin dificultades el precioso cinturón para ofrecérselo a Admeta, la hija de su despótico señor.

Como décima prueba, Euristeo exigió que Hércules le trajese los toros rojos de Gerión. Este gigante colosal, cuyos enormes flancos se ramificaban en tres cuerpos, habitaba en una isla del remoto Occidente y era dueño de un rebaño de toros rojos, que custodiaban un monstruoso boyero y un perro de tres cabezas. Para obedecer la nueva orden, Hércules partió hacia la región donde el sol se pone, bordeando la costa africana. Llegó al estrecho que separa a Europa de África y erigió allí dos columnas, una en el extremo de cada continente, para conmemorar su paso. Se las llamó después las Columnas de Hércules.

Como el Sol, demasiado ardiente, molestaba a Hércules, el héroe tendió su arco y disparó contra él dos flechas. Asombrado el Sol ante esta audacia, se dispuso a apaciguar al valiente hijo de Alcmena. Para facilitarle la continuación de su viaje, le prestó la amplia copa de oro que, cuando él desciende del cielo, lo transporta a través del océano y de la noche hasta la ribera desde donde remonta otra vez al cielo para comenzar de nuevo a iluminar al mundo. Hércules se embarcó en esta copa y llegó sin dificultad al término de su viaje. Ya en tierra, el hijo de Alcmena pasó la noche en la cima de una montaña para acechar el apetecido ganado, pero el perro vigilante que defendía a los rojos toros lo olfateó y, ladrando, se abalanzó contra él para devorarlo. El héroe lo mató de un mazazo. El boyero, que acudió de inmediato, sufrió la misma suerte. En fin, después de rematar a flechazos al formidable Gerión, Hércules volvió a embarcarse, con todo el rebaño, en la amplia copa que sirve de navío al Sol.



Para llegar a su punto de partida, Hércules atravesó múltiples comarcas. Cuando llegó a orillas del Ródano, se vio atacado por los habitantes que poblaban aquellas riberas, envidiosos de la belleza de sus bueyes. Fueron allí tan resueltos y numerosos sus enemigos, que el héroe tuvo necesidad de agotar las flechas de su aljaba y fue incluso herido gravemente, viéndose en una situación muy apurada. Imploró entonces el socorro de su padre y Zeus hizo llover sobre los agresores de su hijo una granizada de piedras. Desde ese día, la vasta planicie quedó cubierta de pedruscos y se afirma que es ese el origen de los guijarros de la Crau.

Abandonando la Galia, Hércules atravesó Italia, Iliria y Tracia. Pero cuando ya creía haber alcanzado el fin de sus penurias, un tábano enviado por Hera enloqueció al ganado rojo y lo dispersó por las altas montañas. El hijo de Alcmena logró trabajosamente reunir la mayor parte, pero aquellos toros que no pudo recuperar y llevar a Micenas permanecieron en los bosques y se hicieron salvajes.

No bien regresó Hércules de tan peligrosa expedición, recibió de nuevo el encargo de dirigirse hacia los parajes contiguos al punto donde desaparece el sol. Esta vez debía coger, para traerlas a Micenas, las manzanas de oro del jardín de las hespérides. Eran éstas hijas de la estrella de la tarde y habitaban, en efecto, un parque maravilloso, cuyos árboles estaban en todas las estaciones cargados de frutos dorados. Dócil al mandato recibido, Hércules tomó una vez más el camino de Occidente, pero no sabía dónde encontrar la misteriosa morada de las hijas de la tarde. Después de vagar por un largo tiempo, llegó cierto día a las márgenes del Erídano.

Allí, unas graciosas ninfas le aconsejaron que fuese a ver a Nereo, el viejo profeta de los mares, conocedor de tales secretos. Hércules atendió al consejo y, cuando encontró a Nereo dormido en la margen de las aguas, lo encadenó y lo forzó a revelar el refugio en que se ocultaban las bellas hespérides. Para espantar a Hércules, Nereo se transformó sucesivamente en león, en serpiente, en llamas, pero nada logró amedrentar al héroe. El hijo de Alcmena no soltó su presa sin antes tener la causa ganada. Cuando ya supo adonde tenía que dirigirse, pasó a África, llegó hasta los confines del mundo occidental y logró ver las áureas puertas del jardín afortunado. Allí, no lejos de las armoniosas hespérides, desterrado por dura ley en la extremidad de la tierra, un formidable gigante llamado Atlas sostiene sobre su cabeza y con sus manos infatigables la bóveda inmensa del cielo.

Ahora bien: puesto que un dragón de color encendido guardaba la entrada del parque y a nadie permitía franquear las temibles puertas, Hércules preguntó a Atlas cómo podría apoderarse de las manzanas doradas. El sostenedor del cielo se ofreció a ir él mismo a recogerlas, siempre que durante ese tiempo el héroe se aviniese a aguantar sobre su sólida espalda el peso y el equilibrio del firmamento. El hijo de Alcmena aceptó y, mientras Atlas se ocupaba de arrancar de los manzanos los frutos dorados, Hércules sostuvo sobre sí todo el peso de la bóveda celeste. Al volver el gigante, manifestó que deseaba llevar personalmente el preciado botín a Micenas. Hércules fingió estar de acuerdo con la idea del pérfido Atlas.

—Me parece muy bien que tú lleves personalmente a Euristeo las manzanas de oro. Pero antes de partir sujeta de nuevo un momento el cielo sobre tus hombros, pues yo tengo que hacerme un rodete que proteja mi cabeza y amortigüe el peso de tan enorme carga.

Atlas, confiando, cayó en la trampa y se echó de nuevo el cielo sobre sus hombros. Hércules, ya libre, tomó las manzanas y se las llevó sin perder más tiempo a su amo Euristeo.

Por fin, y como última prueba, Euristeo ordenó a Hércules que bajara a los infiernos y le trajera a Cerbero, el can que montaba guardia en las puertas subterráneas. Descendió, pues, acompañado de Hermes, al abismo donde habitan los muertos. Atravesó grandes ríos de fuego y torrentes de cieno. Luego, cuando llegó a los pies del inflexible Hades, expuso al soberano de los infiernos el propósito de su viaje. Hades le permitió subir al feroz perro Cerbero a la luz del día, pero con la condición de adueñarse del terrible guardián sin utilizar arma alguna. El Cerbero era un perro con tres cabezas, cuyos flancos se estrechaban hasta formar una cola de dragón. Su voz, similar a la del sonoro bronce, estremecía a todo aquél que osara aproximarsele. Hércules, desprovisto de armas y vestido tan sólo con su piel de león a modo de coraza, se presentó ante el monstruo. Este lo recibió dando pavorosos aullidos y abriendo sus horribles fauces. El héroe lo agarró por el cuello, precisamente por el punto donde nacían las tres cabezas y, aunque sufrió en los brazos sus mordeduras,



lo apretó tan fuertemente que el perro, sintiéndose ahogado, se resignó a seguirlo. Hércules entonces encadenó al feroz animal, lo sacó del abismo y fue a mostrárselo a su amo Euristeo. Aterrorizado, el príncipe ordenó que aquel monstruo de espantosos e incesantes ladridos fuese devuelto sin tardanza a las sombras del infierno.

Después de haber empleado ocho años y un mes en la ejecución de los doce trabajos que le impuso Euristeo, Hércules fue liberado de aquella servidumbre. Entonces este ilustre guerrero se lanzó de nuevo a recorrer el mundo, no para combatir a monstruos esta vez, sino para luchar contra la injusticia de los hombres. Por donde iba castigaba a los bandidos y prestaba el apoyo generoso y siempre triunfante de su brazo a los pueblos humillados por la maldad de sus vecinos.



Fuente: Centro de Estudios Públicos/ Colección *Cuento contigo*. Tomo III.